

JOSEFINA EN MALMAISON (*)

Para « Humanidades ».

« Soy americana », escribía a un convencional la otrora condesa de Beauharnais, y el hecho es que, hablando un día en Nueva Orléans de la Emperatriz Josefina, me ocurrió dirigirme a cientos de sus primos y primas, americanos si se quiere, puesto que eran hijos de las Antillas, pero cuya familia había dejado a Francia solamente treinta y siete años antes de su nacimiento, para ir a una isla francesa, a tentar la fortuna que nunca llegó, sino que ésta fué hacia ella, puesto que Josefina volvió a Francia a ser heroína de muy distinta aventura. No importa; ella constituye un lazo que une nuestros dos continentes; una niña nacida bajo los trópicos de América ha compartido el trono más alto que fuera dado a conocer a Europa y tal origen aumenta la singularidad de este prodigioso cuento de hadas.

Imposible sería encerrarlo en un artículo razonable, a menos de caer en un extenso artículo biográfico. He pensado, pues, para mis lectores, tocar solamente algunos capítulos que les permitirán apreciar bajo diversos aspectos, a esa criolla que una extraña fortuna llevó, a través de tantos azares, a los más altos honores y a la más dolorosa desgracia. El nombre de Josefina está especialmente ligado a la casa que idolatró; a las puertas de París, sobre el camino de Saint-Germain, se levanta todavía, conservada gracias a la generosidad de algunos admiradores, visitada todos los días por una muchedumbre de curiosos — o de devotos del Imperio — con sus mismos muebles y adornada de mil recuerdos, esa Malmaison que ella llamaba su Imperio; mo-

(*) Versión del francés por Silvio Frondizzi.

desta casita blanca, único albergue en que la imperial huesped de las Tullerías, de Saint-Cloud, de Fontainebleau, se haya sentido, como decía, en su casa. Quisiera mostrároslo en medio de esa decoración que aún tenemos delante, en las diversas épocas de su vida accidentada : drama en cuatro actos, con prólogo y epílogo, que tiene, sobre las creaciones de nuestros mejores dramaturgos, la superioridad de que fué vivido.

El prólogo, en verdad sea dicho, tiene por teatro, no precisamente a Malmaison, sino a una residencia vecina.

El 26 de septiembre de 1793, una dama se presentó a la Municipalidad de Croissy ; declaró llamarse Josefina La Pagerie-Beauharnais ; es la esposa del ciudadano general Beauharnais, ayer comandante del ejército del Rhin, madre de dos hijos que, con ella, van a tener por domicilio la casa Baudry. Como al presente todo es democracia, la ciudadana, muy modestamente instalada en la sencilla casita, cree que sus hijos, siguiendo la idea de Juan Jacobo Rousseau, han de iniciarse en los oficios manuales. Mientras que Hortensia aprende costura, el pequeño Eugenio es entregado a un honesto carpintero de Croissy, el tío Cochard que, en su carácter de *agente nacional* de la Comuna le enseñará, al mismo tiempo que el civismo republicano, el manejo del cepillo.

Esta republicana tan celosa, que antes de mucho tiempo ha de firmar, dice una carta dirigida al representante Vadier, en esta forma : « Josefina La Pagerie Beauharnais, *sans-culotte montagnarde* » ; esta hermosa ciudadana de maneras elegantes revela, a pesar de todo, su condición noble y, ya en Croissy, los republicanos puros la tienen por sospechosa. Hace poco había pensado huir de la tempestad de París, y adivina ahora que la tempestad podía renovarse en Croissy. Un buen día desaparece con la futura costurera y el carpintero en ciernes, para lanzarse de nuevo en París, donde a poco andar será detenida y encarcelada.

¿ Quién es ésta singular *sans-culotte montagnarde*, que por tanto tiempo será motivo de habladurías entre los vecinos de Croissy ? Esta bella de treinta años, de maneras insinuantes y calmosas, de ojos acariciadores y tiernos, de cabellos oscuros con reflejos dorados, que aprisiona un velo de seda lustrosa,

¡había sido juzgada una aventurera por el mismo tío Cochard!

Aventurera, si se entiende por esto una persona destinada a las grandes aventuras; puesto que es ya una aventura que la hija del indigente Tascher de La Pagerie, colono desafortunado de Trois Ilets, haya llegado a ser vizcondesa de Beauharnais. Como es sorprendente también que el vizconde su marido, apodado en Versalles « Beauharnais el lindo bailarín », llegase a ser presidente de la Asamblea Constituyente, y tan pronto General en Jefe de uno de los ejércitos de la República.

Conocida es la aventura. Un día, el conde de Beauharnais — de la rancia nobleza francesa — antiguo gobernador real de la Martinica, escribió al propietario de Trois Ilets que, teniendo el propósito de casar lo antes posible a su hijo Alejandro, rogaba al caballero le cediera « una de sus tres hijas », y el 18 de diciembre de 1778, la que llamaban Yeyette, la pequeña Rosa Josefna, cuya infancia, casi inculta, había transcurrido en vagar a orillas del ardiente mar de las Antillas, habíase unido en la iglesia de Noisy le Sec, de las afueras de París, al « lindo bailarín ».

No es común que los lindos bailarines sean buenos maridos. Muy pronto aquél se había revelado detestable y, desde los 15 años la esposa, desamparada a menudo y finalmente abandonada, llevaba una existencia lastimosa, arrastrando de lugar en lugar esta semiviudez con sus dos hijos, fruto de la unión desgraciada. Habiendo antes de 1789, vivido un año en Croissy, habíase encariñado con ese rincón de la isla de Francia. En 1793, creyó refugiarse allí; pero, llevada por su temperamento inquieto volvió a París; y Croissy olvidó poco a poco a la extraña ciudadana, cuyo hijo había trabajado tres meses en casa del tío Cochard.

Sin embargo, la hermosa reapareció. Escapó milagrosamente de la guillotina que, entre tanto, la desembarazó de un marido veleidoso; y viuda alegre, volvía a veces a su rincón favorito de Croissy. Donde, por otra parte, daba motivo de escándalo; convertida en una de las *merveilleuses* de París, llegaba con gran algazara en numerosa compañía, entre la que se distinguía su « amigo » el noble Barras, transformado en dirigente de la República. Se daban fiestas en Croissy, pidiendo prestado a

los vecinos cubiertos y platos. Y luego desapareció una vez más; había adquirido una hermosa residencia en la calle Chantereine, no se sabe con qué dinero, en donde recibía a sus amigos; creyóse entonces que nunca se vería de nuevo en Croissy a la extraña dama.

Otra vez se la vió en una carroza que ostentaba el Águila Imperial; Emperatriz de los franceses, Emperatriz de Occidente.

Prólogo escribí y, en efecto, de esas periódicas apariciones en Croissy, se origina todo el drama de Malmaison.

Cosa harto singular es que esta criolla, que viviera varios años bajo el cielo ardiente de los trópicos y que engalanara su hermosa cabeza con las lujuriantes flores de las Antillas, sienta tan poca nostalgia por ese clima excesivo y que, muy al contrario, se haya avenido con el dulce clima de la isla de Francia, con este paisaje moderado y sin exceso, y con esa campiña discretamente elegante, tanto que llegase a soñar con vivir allí sus días — «la aventurera» — como buena burguesa, entre canteros floridos y un corral bien provisto, en una de esas viviendas de estilo común, de estrechas dimensiones, como precisamente dió un día con el tipo perfecto muy cerca de Croissy.

Paseando por ese distrito, la joven se acerca a una verja cerrada; por entre el follaje del jardín vió una casa blanca, notó que era elegante, tranquila y que convidaba al reposo. Averiguó: la finca se llamaba *Malmaison*; pertenece al señor Lecouteulx du Noley, antiguo *Fermier* General, que tenía su pequeño círculo literario antes de la tormenta. «Me gustaría vivir allí», suspiraba la criolla; y en medio de las nacientes grandezas que le procuraría su segundo casamiento — más singular aún que el primero — con el general Napoléon Bonaparte; en las fiestas que el París del Directorio ofrecía a la esposa del vencedor de Italia; en las espléndidas recepciones en los palacios de mármol de Lombardía, donde se juntara al héroe cubierto de gloria y donde los príncipes se arrojaban a sus pies; y luego, bajo los cielorrasos dorados del Luxemburgo, donde se la trataba como a reina, pensará suspirando en esos Lecouteulx que tienen la fortuna de poseer una casita blanca entre París y Saint-Germain, en Laye.

Estaba escrito que esa mujer había de realizar todos sus sueños.

Si, en efecto, entráramos a Malmaison al caer la tarde de un día del verano de 1802, encontraríamos allí a la que desde largos meses soñaba instalarse como dueña.

Las escenas que entonces se realizaban, no se parecían mucho a las que, en tiempo de los Lecouteulx, tenían como teatro la pequeña villa. Entonces, poetas como Delille y Marmontel, venían desde París a suspirar versos delante de la señora de Lecouteulx. Y hete aquí que, en los jardines, vemos a jóvenes oficiales corretear, aunque sus padres fuesen ayer hosteleros o artesanos, con niñas cuyo origen, no por ser un tanto más elevado, dejaba por eso de ser muy modesto. Es una nueva sociedad establecida con un nuevo régimen.

Junto a las jóvenes están : Carolina Bonaparte, esposa del resplandeciente general; la señora Duchatel, esposa del jefe del Registro; la señora Paret, esposa del secretario de estado del Consulado; madame Junot, futura duquesa de Abrantes, deliciosa figura que Isabey nos trasmitió envuelta en una nube de gasa rosa; y otra joven encantadora, con una suave melancolía impresa en su rostro, Hortensia de Beauharnais, la flamante esposa de Luis Bonaparte.

Los uniformes se mezclan a los vestidos claros, son : Bessières, Soult, Junot, Savary, Duroc, Eugenio de Beauharnais, Miguel Ney, Joaquín Murat — oficiales de treinta años que, en menos de diez han vivido ya grandes páginas de epopeya y han de vivir muchas otras; generales a la edad en que nuestros hermanos son capitanes, estos jóvenes que ríen y gritan son futuros mariscales, futuros ministros, futuros príncipes, y hasta hay un futuro rey.

Repentinamente, en plena partida de marro, uno de los jugadores, el mas apasionado, tropieza y cae en medio de la gritería. Se incorpora rápidamente, pues es un jugador vigoroso y no es hombre de tomar a lo trágico una caída; se llama Napoleón Bonaparte, primer Cónsul de la República, que vino, como todos los domingos, a sacudir, « en casa de su mujer », como le gusta decir, los afanes del poder. Y, no haciendo nunca las cosas a medias, es uno de los más entusiastas jugadores de

marro y, por otra parte, alegre compañero; porque todos esos jóvenes son grandes amigos, todas esas jóvenes, camaradas con faldas; y él toma alegre y ruidosamente, a veces con brutalidad cordial, su revancha sobre las obligaciones que trae aparejado el poder. Y, terminada, la partida de marro él es quién gritará: « Vamos a comer ».

Entran a la casa en medio de una algazara. Es la que conocenos, o poco menos. Nada, en efecto, ha sido cambiado después de aquella tarde de 1802; pues fué de 1800 a 1802, cuando la dueña de Malmaison, hizo ejecutar por el célebre arquitecto Fontaine las modificaciones que juzgó oportuno introducir en la villa de los Lecouteulx.

La dueña es Josefina. Realizó el sueño acariciado en los tiempos de apuros y de angustias. Mediante 290.000 francos — que por otra parte no tenía — pero que más tarde, reembolsara el general de vuelta de Egipto, adquirió a Malmaison, el 1º de marzo de 1799, durante la ausencia de su esposo, y apenas dueña de la finca codiciada, vió a su marido hacerse dueño de Francia. Para ella, que había de ser la prodigalidad en persona, aquello significaba que podría gastar sin echar cuentas, y el hecho es que, durante los meses que siguieron al brumario no invirtió menos de 600.000 francos en las refacciones de la casa, a la que por otra parte debe admitirse, no logró convertir en un palacio.

El vestíbulo es lo mejor que tiene y es poco más o menos, la única habitación que puede contener un grupo un tanto numeroso. Con sus cuatro columnas estucadas, remeda lo grandioso. Cuando en los grandes días a los veinte jugadores de marro se agrega mayor número de invitados, abandonan el comedor y preparan la mesa en este vestíbulo de grandes pretensiones. Pero en los días de las grandes recepciones, el vestíbulo mismo resulta pequeño. Se le agranda tomando el antevestíbulo en forma de tienda, cuyo techo está sostenido, a la manera de los tiempos heroicos, por haces de lanzas, sobre los cuales otras lanzas se apoyan; se diría la habitación de Aquiles o de Tarquino. Bonaparte, a quien gustaba lo verdaderamente grande, nunca aprobó esta entrada que le parece ridícula: « Esto tiene el aspecto, dijo, de una casilla para los animales que han de exhibirse en la feria ». Pero nunca se le escuchó. Por una espe-

cie de coquetería de déspota, en la que entra, por otra parte, mucha condescendencia amorosa, para con Josefina, confiesa que en Malmaison no está en su casa, sino « en casa de su mujer ». Dulce es para él esta ficción : cuando al abandonar las Tullerías, se refugia en esa vivienda se complace en abdicar, y admitirá, por la fuerza de la costumbre, que en Malmaison todo contraría su gusto por « la grandeza », y que teniendo el antevestíbulo la apariencia de un tablado de feria, es lógico que, su propio despacho tenga, agrega, el aspecto « de una sacristía », lo cual es completamente exacto.

Franqueado el vestíbulo, y siendo corto el número de invitados ese domingo de 1802, van hacia la izquierda a sentarse alrededor de la mesa redonda del comedor, sobre cuyos muros se desenvuelve, pintada por Laffitte, una teoría de figuras alegóricas copiadas de la antigüedad, entiéndase bien, puesto que, más aún que el mismo Bonaparte, Luis David reina como déspota. Terminada la comida, atravesarán el pomposo vestíbulo para llegar a los « salones ». Porque las dos habitaciones de la izquierda, contiguas al comedor, son demasiado severas para que se aventure en ellas esa alegre juventud. La primera es la « Sala del Consejo » ; en un tiempo fué el dormitorio de Bonaparte, quien pronto se cansó de estar separado de su mujer por todo un piso, tanto que el 5 de julio de 1800 leemos en el diario del arquitecto Fontaine : « Él ordena que se haga una Sala de Consejo con su dormitorio de la planta baja ». Esta sala, que tiene también la forma de una tienda adornada con trofeos, se abrirá para los ministros, cuando el jugador de marro recuerde, aun durante su descanso de Malmaison, que él es el jefe del Estado. Al lado está la biblioteca-gabinete de trabajo, casi idéntica en 1802, a la que puede verse hoy.

Murat, Junot, Lannes, Soult, Ney, no son, repito, gentes de Consejo, y mucho menos que Josefina, gente de biblioteca y a las salas de trabajo prefieren los salones. El primero es el de recibo, ejecutado por el célebre ebanista Jacob en 1800, el artesonado, es de caoba, los recuadros de terciopelo y los cortinajes están adornados con telas de Girard y de Girodet, alumnos del maestro David.

De repente se oye un prelude de arpa : viene del « salon de

música». Hortensia, coge su instrumento favorito, deja correr sus dedos sobre las cuerdas de cobre y canta. Los amigos afluyen a la habitación grande que de todas, es la que hoy ha reconquistado más completamente su aspecto anterior, y lo hubiese logrado del todo, si los cuadros de los amigos pudiesen volver allí. Hortensia canta una romanza (ha de cantar y componer toda su vida); la concurrencia se enternece, pues esta pequeña sociedad participa de la sensibilidad de la época. El Cónsul, a quien no le gusta que nadie se retrase, dice una breve palabra y los jugadores de marro toman de nuevo el camino de París en *coches*, pues no llegó aún el tiempo de las carrozas. El Cónsul y Josefina se dirigen a sus habitaciones del primer piso, «pequeñas habitaciones» podríamos decir, porque esas piezas íntimas son muy simples y de exigüas dimensiones. Sólo ha de ser más tarde, cuando Josefina coronada Emperatriz pondrá en su habitación esas colgaduras de paños rojos bordados de oro que parecen ahogarla, y que forman una especie de vasta alcoba alrededor del célebre lecho en forma de barca que se encuentra aún allí.

Nada más que un cuadro es este atardecer. Pero este cuadro al que Malmaison sirve de marco es extraordinariamente revelador de una época. Son — estos días de 1802 — los días luminosos y rientes del Consulado, puesto que iluminados ya por tantos triunfos están aún colmados de esperanzas. Esta pequeña sociedad consular es joven, cordial y todavía simple y alegre, como Francia, que saliendo de una enfermedad horrible sonríe a la salud recobrada. ¡Qué joven es esta pequeña sociedad, y qué pronto ha de envejecer! ¡Cómo ha de agostarse, diezmada en menos de 14 años por la desgracia! Junot, hecho duque y muriendo loco, Ney convertido en príncipe y fusilado; casi al mismo tiempo que Murat llegaba a ser rey, Lannes, Bessières, Durot eran muertos en los campos de batalla; Hortensia destrozada por la vida y separada de Luis por odios implacables, Laura Junot sacrificada a la pobreza después de haber abusado de la riqueza con locura; el resto en el destierro o en la desgracia; Josefina, destinada a una muerte miserable bajo ese mismo techo que otrora hiciera resonar la alegría juvenil, y Napoleón arrojado en Santa Elena. Casi todos conocieron la gran

aventura que llevó a Josefina a Malmaison y que la condujo al trono; aventura prodigiosa, que en 1802, la gloria y la fortuna parecían iluminar con sus fulgores; pero esa misma fortuna había de reservar para Josefina antes de mucho tiempo, los más tristes reveses.

Al Consulado siguió el Imperio. Heno en un hermoso día de 1807. Paris está de fiesta; una gran victoria hace sonar de nuevo hasta los confines del mundo el nombre de Napoleón el Grande. Friedland se inscribirá a continuación de Austerlitz y Jena en la maravillosa serie de los fastos imperiales. Durante la ausencia del Emperador — alejado desde hace casi un año — Josefina tomó la costumbre de escaparse de las Tullerías o de Saint Cloud donde « mantiene la corte del emperador », para venir a pasar una noche, a veces, sólo algunas horas en su querida Malmaison. Esta mujer, a quien el destino parece haber colmado de dones, que comparte con Napoleón la corona más prestigiosa que jamás brillara sobre frente alguna, que puede satisfacer sus más extraños caprichos, no siente verdadera alegría, si no es volviendo a su casita blanca de las afueras.

De seguro esta casa no es un simple capricho, es su locura. En ese inmenso Imperio, este es su imperio propio, mientras que Napoleón agrandaba su Imperio sin cesar Josefina agrandaba el suyo.

La casa ha permanecido más o menos lo mismo, salvo que para apuntalarla se levantaron a lo largo de los muros pilastras que luego fueron coronadas de estatuas. Invirtiendo 30.000 francos, se construyó un pequeño teatro, hoy desaparecido, en donde Hortensia y sus cuñadas las Bonaparte, representaron comedias, y una capilla — desaparecida también — que nunca fué muy frecuentada por Josefina, quien siempre se las compuso con Dios a la criolla. Pero si ella no agrandó la casa, aumentó sin cesar la propiedad. Compró en los alrededores, parques, jardines, campos, prados y bosques; y el jardín convirtiéndose en parque y el parque en gran heredad. En ese dominio, por el que atraviesa solamente un arroyuelo, ella quiso, pues le gustaban las cascadas, instalar « grandes aguas », y soñó con llevar hasta allí el estanque vecino de Saint-Cucuphat. Construyó, aquí y

allí grutas de rocalla, templos antiguos, fuentes, chalets, quioscos; instaló corrales, apriscos, pichoneras, granjas; pero sobre todo, reunió millones de flores. Una de las aficiones que le ha quedado de las Antillas es la de las flores bellas, brillantes y tiernas. De la adoración pasó a la pasión, y a la más tenaz de todas: la de los coleccionistas.

En todo lo demás es fantástica y caprichosa, se apasiona y se disgusta, compra cotorras, cacaúas, cisnes, gamuzas, gacelas, canguros, cigüeñas, una foca, monos; pero un solo día se interesa por esos animales; mas por el contrario se dedica constante y apasionadamente a completar sus jardines y sus invernáculos. Federico Masson ha dicho en uno de sus capítulos más curiosos, cual había sido esa orgía de flores, y cómo fué la emperatriz, quien introdujo en Francia la floxia, la camelia y cien especies de arbustos, de mirtos, de geranios, de mimosas, de rodondredones, de dalias, sin mencionar los tulipanes y esos jacintos dobles de Holanda que ella hubiera querido ver florecer todos los años: «he ahí dos años que estoy impedida de verlos florecer, se lamentaba, Bonaparte (durante toda su vida llamé así a su imperial esposo), me llama siempre a su lado en el momento en que han de hacerlo». Pero, sobre todo las rosas le gustan con amor, las cultiva y las multiplica; llegó a poseer 250 especies; bautizó a la *Bonapartea*, a la *Pageria*, a la *Napoleón Imperial*, a la *Josefina Imperatrix*, y no hablemos del *Agathe de Malmaison* y del *Souvenir de Malmaison*.

Veámosla ahora que baja al rosedal con su andar «deslizante» que siempre maravilla al emperador.

1807: parece que el Imperio llega a su cenit, y de hecho casi lo consigue. Se diría que la que se sienta sobre el trono de Napoleón el Grande deba resplandecer orgullosa de felicidad. Y sin embargo está cansada y triste. Por un trágico vuelco de la fortuna, cuanto más el emperador se eleva tanto más la caída amenaza a la emperatriz. Este enorme Imperio no tiene herederos. ¿Puede soportarse por más tiempo tan peligrosa situación? ¿No es acaso necesario que el Emperador funde una dinastía de su sangre? y la palabra cruel que se murmura desde el Consulado — divorcio — se pronuncia fuerte ahora. Los enemigos de Josefina la traen y la llevan, sus amigos se resignan a ello. La Empera-

triz la lee en todas las miradas, la adivina detrás de las frentes que tan bajo se inclinan ante ella.

Para luchar contra la «razón de Estado» que se invoca frente a Napoleón, no tiene ya razones, sino únicamente sus encantos. Pero esos encantos se marchitan. Tiene cuarenta y cuatro años : para gran cantidad de mujeres es todavía la edad brillante, pero Josefina es hija de los trópicos ; a los doce años parecía mujer, y a los 16 se había casado ; y resplandeciente de belleza, exquisita de gracias otrora, está hoy prematuramente marchita y avejentada. ¡ Qué de cremas y de polvos, qué de postizos y afeites, le son necesarios (tenemos ¡ oh Dios ! las cuentas), para ser siempre « la bella Josefina » bajo la agobiadora corona !

Vaga sola en su jardín favorito, se detiene junto a los temples, se sienta en las grutas, acaricia una gacela, se vuelve hacia las rosas.

Luego deberá entrar de nuevo en la casa, sus damas de honor que la aguardan se alarman ? ¿ Olvida por ventura que la esperarán por la noche en la Corte para presidir la fiesta que va a proclamar la nueva de la victoria ? Las campanas suenan, los cañones rugen. A la noche el Sena reflejará los fuegos de artificio. Ella debe estar allá, sobre su trono, recibiendo los homenajes. Su exactitud, admirablemente meritoria, en tal fantástica, en ocupar su sitio, sus sonrisas, su arte de agradar, la gracia soberana que continúa desplegando, he ahí al presente los únicos medios de retener al Emperador. Ella sabe que le agrada extraordinariamente, que la admira, que la cree irremplazable. Y suspirando la soberana abandona su casa, sus bestezuelas, sus flores, y algunos minutos más tarde vuela sobre el camino de París. Dos horas después la Emperatriz-reina, está en su puesto con la sonrisa en los labios, prodigando frases amables y sin cuidados aparentes.

Las gentes humildes dirán sin duda que « ella es feliz » ; y es menos dudoso aún que ella piense durante el interminable besamanos : « ¡ Qué bien estaría en Malmaison ! ».

Una gran carroza rueda hacia Rueil viniendo de París. Una escolta de guías de la Guardia Imperial galopa delante, detrás y junto a las portezuelas. Lluve a torrentes y el agua azota a los

ginetes y a los enormes cristales. Las ruedas hacen saltar chorros de barro. En el suntuoso vehículo, una mujer está acurrucada. El correr de las lágrimas arrastró los afeites y los polvos. Es casi una anciana la mujer que en este 16 de diciembre de 1809, una carroza irrisoriamente rica lleva a Malmaison.

El divorcio se ha consumado. Hace un momento el Emperador penetró por una escalera oculta en la cámara donde se amontonan los equipajes. Es la hora de la despedida. Josefina se arrojó sollozando en los brazos de su marido de ayer. Él se acordará siempre de ese momento como de uno de los crueles de su vida, tan atormentada sin embargo. Cedió a las necesidades dinásticas, a la presión de los que le rodeaban, pero permanece unido a esa mujer por todas las fibras de su corazón y por tantos recuerdos. Abrazóla él también con los ojos anegados en lágrimas. Luego la abandonó bruscamente. Josefina sube al coche agitadísima bajo el cielo plomizo. Corre a Malmaison a esconder su dolor.

Ella que tanto deseara vivir allí libre, decía, libre está la desdichada.

La carroza salpicada de barro — es la misma que hoy envejece en las «dependencias» de Malmaison — se detiene. La Emperatriz desposeída atraviesa el vestíbulo rápidamente, se precipita en los departamentos de los altos y se hunde en el lecho dorado. Libre está, y desesperada. ¿Podrá la imaginación de un novelista forjarse una situación de tan trágica singularidad, que el historiador puede reconstruir minuto por minuto? Amargos días son los de entonces. En vano el emperador, a quien cartas desoladas llamaban a Malmaison, va a consolarla, casi con cariño paternal. En vano la colma de atenciones y de larguezas, le asigna presupuestos magníficos, le deja con qué transformar a Malmaison en un palacio si lo quiere. Josefina que otrora no se preocupara por las grandezas, las echa de menos; está abatida y humillada. No es de esa clase de mujeres a quienes los sinsabores encuentran y dejan de pie. Siempre es la misma Yeyette de Trois Ilets, confiada a los cuidados de la mulata Marión que le soporta todos los caprichos. La vida continuó soportándole los caprichos. Siempre tuvo más gracia que fuerza esa hermosa flor cuyo tallo cede al empuje del huracán.

Se siente desgraciada. Adivina que todos sus familiares quieren dejar a Malmaison, puesta ahora al margen del Imperio. Otra Emperatriz reinará en las Tullerías. Nadie querrá pertenecer a una pequeña corte en penitencia. Los gestos familiares de los que quedan en Malmaison, demuestran que ya no forman una corte, sino un grupo de amigos obsequiosos y provisorios. Napoleón conocerá todo eso en Santa Elena en forma mucho más cruel aún.

Poco a poco la misma Josefina decae. El trono era una armadura que la mantenía erguida, soberbiamente erguida. En Malmaison adoptará de nuevo las maneras sencillas y un poco «bohemias» que tenía bajo el Directorio, en la calle Chantreine, cuando iba allí el pequeño general Bonaparte a pasar las tardes, y hacía sitio en su sillón a su perrito favorito. Dejará correr la vida, y también el dinero sin llevar la cuenta, y autorizará a su pequeña sociedad a «dejar pasar» lo que pronto hará de Malmaison la vivienda más desordenada que pueda darse.

Pero si los salones en que se tejen y destejen las pequeñas intrigas domésticas, se estremecen por las noches al son de los cantos y risas forzadas con que los moradores se aturden, algunas piezas permanecen constantemente cerradas; son las que en otro tiempo ocupara el Amo. «Todo, escribe un testigo, permanece en el mismo estado que cuando el Emperador abandonó su gabinete; un libro de historia puesto sobre su escritorio, con una marca en la página en que detuvo la lectura; la pluma que usaba, conservaba la tinta que un momento más tarde podía imponer leyes a Europa; un mapamundi sobre el cual mostraba a los confidentes de sus proyectos, los países que quería conquistar, tenía la marca dejada por algún movimiento de impaciencia ocasionado por una ligera contradicción. La misma Josefina se había encargado de quitar el polvo que empañaba lo que ella llamaba sus reliquias, y muy rara vez permitía que nadie entrara en ese santuario. El lecho romano del Emperador estaba sin cortinas; las armas pendían de las paredes y algunas piezas de vestimenta masculina estaban esparcidas sobre los muebles. Parecía que de un momento a otro hubiera de entrar en esa habitación de la cual se había alejado para siempre».

Debe admitirse que haya un poco de aparato en esa decora-

ción de intimidad deshecha; pero el hecho no deja de revelar que existía en la soberana caída, una mujer que habiendo amado hasta el fin, recordaba y sufría. No hizo lo propio cuando estando Bonaparte en Egipto, aceptaba ella el homenaje demasiado bien recibido del teniente Charles.

Otro rasgo que es justo señalar, es la bondad, la incansable bondad, la bondad un tanto enfadosa por la cual las gentes abusaban de la « buena Josefina », según se decía siempre. Sí, fué buena, y desgraciadamente tuvo esa bondad fácil que no cuesta, a veces, a aquellos a quienes ensalzamos más que el puñado de oro que no se sabe rehusar, y la sonrisa indulgente que acoge una falta y la estimula.

En su soledad moral tuvo una solo compensación : la presencia en Malmaison de sus dos nietos, los hijos de Hortensia. En su carácter de abuela pródiga, daba pábulo sin límites ni escrúpulos a su innato gusto de agradar. Uno de esos nietos que de niño corriera por la arena de las avenidas de Malmaison, escribirá cincuenta años más tarde, sus recuerdos sobre la misma. • Era aquél a quien entonces se llamaba el pequeño *Oui-Oui*, Luis Napoleón, el único de toda la familia, que debiera ocupar de nuevo el trono, el futuro Napoleón III. Merece oírse la nota encantadora que dedica a la Malmaison de su abuela : « Veo aún a la Emperatriz Josefina en su salón de la planta baja, rodeándome de caricias y halagando ya mi amor propio por el cuidado que ponía en hacer valer mis agudezas; pues mi abuela me *gâtait* en toda la extensión de la palabra, mientras que, por el contrario, desde mi más tierna infancia mi madre se ocupaba de reprimir mis defectos y de desarrollar mis cualidades. Recuerdo que, llegados a Malmaison, mi hermano y yo éramos dueños de hacer lo que nos viniese en gusto. La emperatriz que amaba apasionadamente las plantas y los invernáculos, nos permitía cortar las cañas de azúcar para chuparlas, y siempre nos decía que pudiéramos lo que quisiéramos ».

De esa manera, la casa que abrigara los sueños de un Bonaparte, se había convertido poco a poco, en la casa de una burguesa, pero de una burguesa desordenada, en donde cada uno vivía a su antojo, desde el ama hasta las damas de honor, desde los niños hasta los domésticos. De tarde en tarde faltaba el di-

nero. El Emperador, a quién se recurría, tapaba los agujeros sin descanso, pero se gastaba aún más largamente. Napoleón no se atrevía a regañar muy fuerte, pues guardaba una especie de desazón por el divorcio; y esposo enamorado de María Luisa, se había impuesto la obligación de no rehusar nada a los requerimientos de Josefina. Pero, junto con el oro, enviaba consejos prudentes, dulces reprimendas: no estaría siempre allí, y la Emperatriz podía y debía, con sus dotaciones, hacer algunas economías para sus nietos. Josefina sonreía: ¡hacer economías!

El trueno estalla en 1812, seguido de muchos otros en 1813; y en 1814 es el derrumbe total. Debemos detenernos en esta fecha; llegamos al fin de nuestro drama.

El 24 de Mayo de 1814, Malmaison está de fiesta. Se espera a grandes personajes, principescos e imperiales, y todo está listo para el baile.

El asombro nos paraliza. El 24 de mayo hace justo un mes que Napoleón caído del trono, está desterrado y casi prisionero en el ridículo y lejano dominio que se le asignara en la isla de Elba. ¿Para qué otro emperador se prepara una fiesta en la casa comprada por Josefina pero pagada por Napoleón? Y aún más. ¿Qué casa francesa puede darse a la alegría, en ese 24 de mayo, aunque no se evoque en ella la sombra de Napoleón? Francia está vencida, pisoteada, deshecha. Los extranjeros la ocupan y la maltraen. ¿Cómo es posible que en esos días de duelo, se enciendan luminarias además de los candelabros, se ponga una orquesta y comience el baile?

Sin embargo, Malmaison se prepara para una fiesta: Josefina espera a comer al zar Alejandro, al rey Federico Guillermo, a grandes duques y a generales aliados.

La vida de esa mujer está llena de extravagancias; un alma débil muy rara vez lleva una vida digna. La ex Emperatriz está como enloquecida desde hace meses; la predicción del Emperador se cumplió más rápido de lo que hubiera creído él mismo. Ya no está allí; y en el momento en que zozobrara Josefina tiene más de dos millones de deuda — exactamente 2.484.810 francos — y se trata de privarle de sus dotaciones y pensiones. La miseria se avecina.

No era una espartana, ni podía ser de otra manera; y sólo un

capricho irónico del destino pudo unir ese hermoso pajarillo de las Indias Occidentales al último de los Romanos. Únicamente los soberanos aliados podían interceder junto al rey de Francia Luis XVIII, para asegurar a la soberana dos veces caída, con el sostenimiento de sus pensiones, la posibilidad de continuar viviendo sin echar cuentas, hasta el desbarajuste final, pues siempre quedarían las deudas.

Ellos, los soberanos vencedores se sentían halagados con dárseles de buenos príncipes a poca costa. Luis XVIII pagaría los gestos caballerescos; y obligar la gratitud de la ex Emperatriz, era tomar una revancha suprema sobre Napoleón.

Manifestaron el deseo de ser recibidos; ella consintió fácilmente, y se les espera en este 24 de mayo.

Hace ocho días que está enferma a causa de un fuerte resfriado acompañado de fiebre que cogió en un paseo a St. Leu donde reside la reina Hortensia. Con el rostro enrojecido por la « fiebre » Josefina acoge los soberanos con su gracia acostumbrada en el umbral del famoso vestíbulo. Conquistadora por naturaleza, se prodiga en sonrisas, más deseosa que nunca de agradar, puesto que en ese momento está en juego el resto de su singular fortuna. En cuanto al Zar, es el mismo que sedujo a Napoleón en Tilsitt, el eslavo de ojos acariciadores y maneras caballerescas y, para mayor abundamiento, aureolado en esa hora por la victoria. Comen en numerosa compañía, y después de la comida comienza el baile. Se dispersan luego y penetran en los parques en donde florecen las rosas; pasean larga y también imprudentemente pues la enferma sólo lleva un ligero chal sobre las espaldas desnudas, y nuestras noches de mayo en la Isla de Francia no son lo mismo que las noches de la Martinica. El Emperador de Rusia la deja al fin dándole grandes promesas; se muestra decidido a allanarle el camino para una entrevista con Luis XVIII, que ella acepta en principio. Josefina reaparecerá en las Tullerías, pero esta vez en actitud humillada.

El destino se encargó de ahorrarle tamaño descomedimiento. Cuando el día 27 el Zar se presenta de nuevo en Malmaison, encuentra la casa trastornada. La Emperatriz está en cama abatida por la enfermedad.

A los dos días todo ha terminado. El 29 a las ocho de la mañana un sacerdote llamado con urgencia administra a la desdichada los últimos sacramentos. A medio día Josefina abrió los ojos y según se dice — lo que sería impresionante — pronunció el nombre de María Luisa y expiró. ¿Quién se encargará de juzgar a esta extraña criatura, heroína de novela arrojada en la epopeya?

El 2 de junio se forma un cortejo principesco en los jardines que nos son familiares. Sobre el césped de un verde suave y por entre las matas de rosas, mientras que la campana de Reuil dobla a muerto, una multitud — no muy recogida por cierto — se apretuja curiosa. El féretro, que acaba de ser bajado de la habitación roja, espera en el vestíbulo. El cortejo se pone en movimiento: soldados rompen la marcha, ¿serán los « grognards » de Napoleón? No, es un destacamento de la guardia Imperial rusa enviado por Alejandro. Este es el último y uno de los más curiosos rasgos de esta prodigiosa historia: la criollita de las Antillas, llegada a Emperatriz de los Franceses es conducida a la tumba por los soldados de Rusia que acaban de derrocar a Napoleón y oprimen a Francia bajo sus botas.

Puesto que hemos hablado de drama, podemos anotar que el telón cae sobre una última ironía del destino: la vida ha hecho el milagro de ser cien veces más inverosímil que la más descabellada de las novelas. Malmaison está cerrada; las rosas se deshojaron lentamente en el otoño de 1814 y por primera vez, la graciosa criatura no pisará sobre sus pétalos.

Un año después se desarrolla la última escena — que los que acompañaron el féretro de Josefina el 2 de junio de 1814 estuvieron muy lejos de preveer — digno epílogo del drama de tan extrañas peripecias.

El 25 de junio de 1815, la casita blanca cerrada desde hace un año, se llena nuevamente de ruido. ¿Quién se atreve a entrar si Josefina no está allí? La verja se abre delante de una berlina y la reina Hortensia, vestida de negro, recibe al huésped, que no es ya el zar de Rusia; desciende del coche un hombre grueso: de cabellos ralos, de color plomizo a causa de los insomnios recientes y de las espantosas decepciones; las fatigas de los últimos días entorpecen su andar. Es Napoleón.

Volvió, se sabe por qué milagroso azar y reconquistó la corona con la espada. Antes de ir a combatir a Europa que se arrojaba en masa sobre él y de tentar en Belgica la última partida, vino a Malmaison a recogerse y recordar. Hortensia solamente le acompañó. Con ella se paseó por las avenidas del jardín que le recordaban: la juventud embriagadora; la mujer que antes adorara frenéticamente; los amigos que en los bellos días del Consulado correteaban alegremente sobre el césped; las conversaciones familiares; las noches pasadas en la habitación que la muerte cerrara. Luego subió la escalera; pero, en el umbral de la gran alcoba roja, en que duerme el lecho de los cisnes de oro, detuvo a Hortensia con un gesto y entró solo; permaneció un largo rato dentro y salió con los ojos enrojecidos. Después partió para batirse.

Vuelve otra vez vencido y de nuevo destronado. Acaba de abdicar en favor del hijo de María Luisa, y esperando que se le admita en un puerto del oeste, en el océano o en América, donde quiere rehacer su vida, decide cobijar en Malmaison su alma herida y su cuerpo fatigado.

Permaneció allí tres días que fueron los más intensos de esa vida sin igual. Quizá abrigara la esperanza de que París, convulsionado y amenazado por el enemigo, le llamara de nuevo. Se estremecía al ruido de la fusilería que llegaba a Malmaison desde el vecino arrabal de Chatoux, en donde se libraba batalla. Mientras tanto se paseaba melancólico por las habitaciones de la casa y por las avenidas del jardín. No se apartaba ya de Hortensia. Nada ignoraba acerca de la suprema debilidad de Josefina: siempre había tenido para esa alma ligera una indulgencia de enamorado y una especie de tierna piedad de hombre fuerte. No quería evocar de ella más que sus encantos. Se desahogaba repasando los incidentes que le recordaban esos lugares. En una ocasión dijo como si hablara consigo mismo: «No puedo acostumbrarme a vivir aquí sin ella; siempre me parece que la veo salir de una de las avenidas para coger una de esas flores que tanto amaba». Se detuvo y suspiró: «Es la mujer más llena de gracia que jamás haya visto».

Tal demora era en extremo imprudente. Mientras ese hombre de ordinario tan resuelto, parecía olvidarse en medio de sus

recuerdos ; y que, poco sentimental, se aturdiría con esos sentimientos extinguidos, se le cortaba la retirada ; comenzó a respirar en Malmaison los aires de Santa Elena. A pesar de todo decidióse a partir : una calesa amarilla enganchada a cuatro caballos de posta, vino a recogerle el día 29 a la pequeña puerta del parque sobre el camino transversal que conduce a Saint-Cloud. El emperador estaba en su antiguo gabinete ; prevenido, se levantó, paseó una mirada postrera sobre la biblioteca, atravesó con paso firme el comedor, el vestíbulo de las columnas, el jardín y subió al coche. Durante esa marcha suprema no pronunció una palabra. En el coche tampoco habló. Aquel silencio, en ese momento, es una de las cosas más trágicas que pueda imaginarse.

Detrás del vehículo se desvanecía el paisaje que le era familiar, teatro, en adelante impasible, de un gran drama.

La decoración subsiste. En ninguna parte se puede evocar a las figuras imperiales con tanta emoción. Vemos allí revivir a Josefina, pisando con sus sandalias rosa la arena amarilla de las avenidas ; o cogiendo una linda rosa y dejarla deshojarse entre sus dedos, y a su lado al Cónsul lleno de juventud y de brío, al Emperador que viene a descansar del trabajo y de la gloria. Y se evoca luego al soberano envejecido que vino, antes de arrojarle al abismo de Santa Elena, a revivir sus recuerdos dulces, tiernos y amargos.

Algunos lugares evocan mejor los grandes recuerdos de gloria ; ningún otro despierta pensamientos más filosóficos, pues con Josefina y Napoléon, huéspedes desaparecidos de Malmaison, se levanta ante nuestro espíritu la novela más apropiada para hacernos medir las prodigiosas vicisitudes que la vida puede reservar a los actores que arroja sobre la escena del mundo.

LOUIS MADELIN,

De la Academia Francesa.